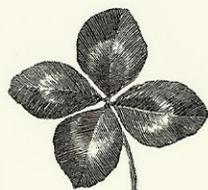


UNA RAZÓN
PARA VIVIR



Ángel Rupérez

TUSQUETS
EDITORES

Nuevos textos sagrados

Ángel Rupérez

UNA RAZÓN
PARA VIVIR

TUSQUETS
EDITORES

YO NO PUSE LA LUZ

Yo no puse la luz y, sin embargo, pareció
que mi mano extendía el resplandor
que no era mío como si fuera mío,
la vieja propiedad de mi deseo, mi muy remota
alcurnia encontrada al azar cuando viajaba.
No eran las ruinas que divisó mi ansiedad
en el pasado, en el paraje de mi memoria
frecuentado por la aliaga vecina de la ortiga.
No era un recuerdo desolador, una sombra sombría,
el aguijón clavado para siempre en otro tiempo,
un sentimiento de orfandad irrevocable y penoso,
una inconsolable soledad que no curara nadie.
No era nada de eso. Era tan sólo una dulzura inmensa,
un gran castillo de la luz levantado sobre la piel
del invierno, en el páramo de mis deseos,
en el pueblo en el que soñé cuando era niño.
Era el páramo, la llanura inmensa de la vista
perdida en el horizonte inmenso de mí mismo,
el invierno que llevaba en la memoria como otra memoria
que de pronto borró el sol cuando bañó con luz
tan dulce la piel aún áspera del páramo.

Eran mis manos las de un pintor que pintaba
y mis ojos y los vuestros como si fueran uno,
vosotros entre sueños y yo muy despierto.

CENICIENTA CLARIDAD DE PLOMO

Restalla el viento en los toldos y sobre las nubes
pinta el sol una cenicienta claridad de plomo
licuado en el crisol de una luz elevada.
Alza su voz un pájaro, un mensajero insólito,
y no sé muy bien si es su alboroto fugaz
la respuesta a un instante de encendida alegría
o una anticipación ansiosa de un futuro inmediato;
algo que él presiente en la luz, o en el viento,
o tal vez en la savia que sólo él oye correr.

Restalla el viento y, al oírlo yo, incluso al verlo yo,
imagino un desierto habitado por sueños
de hombres como yo, hombres que miran
y miran, y sueñan con lo que ni siquiera
saben, pues ignoran si es un paisaje
querido o temido lo que sueñan, visto hace tiempo
y vagamente impreso en la memoria
o nunca visto e imaginado en el futuro,
un hiriente desierto que de pronto se convierte en oasis
o en vergel descubierto a la orilla de un río.

En mi cuarto, inconfundible, una soledad abrazada,
un maridaje auténtico con un silencio poblado
por diversos ecos, múltiples ecos, infinitos recuerdos.
Una soledad que es una puerta abierta para regresos
múltiples de mí mismo por mis propios senderos
abiertos por mí mismo, con mis propias manos,
con los ecos constantes que yo mismo estímulo
para que arrojen música sin igual, música pobre,
ascética armonía del invierno callado y esposado.

Ecos equilibrados que a veces son alientos secos
de una respiración posible escuchada allá lejos,
pero no tan lejos como para que no pueda ir
en este mismo instante y sorprenderme a mí
preparando lecciones, oyendo el borboteo pautado
del agua que cae y cae como música
sobre la taza invisible de una fuente invisible.

O escuchando el restallar del viento en las laderas
o en las ramas desnudas de los árboles ensimismados;
o viendo la luz blanca rompiendo la dura muralla
de una nube compacta por encima de un páramo
donde vuelve a rugir el viento como un alma en pena,
como un vagabundo desterrado por siempre;
o absorto y distraído, igual que un niño
vencido por igual por la fuerza del sueño
y el encanto del cuento que no renuncia a oír.

Ecos, reminiscencias, ráfagas, restallidos
y el silencio crucial de este pequeño cuarto,

una celda de monje con ventanas abiertas
a ese seco paisaje de flameantes toldos
y a esa luz sacada de las entrañas de una nube
que me devuelve a mí mismo escuchando los ecos
de lo que era la vida de quien espera la vida.

LOS JARDINES DE SAN ILDEFONSO

(Enero de 1990)

I

Nadie navegaba, nadie respiraba, no había nadie.
Un sueño de mi vida era mi vida y la niebla
un murmullo del engranaje de las semillas
aventadas por la mano del sembrador del mundo.
Estaba helada el agua junto a un silencio labrado
por la sierra cercana, el monte de las hayas resignadas,
el ruido sigiloso del corzo que apenas pude ver.
No remaba nadie, nadie rescataba de la serenidad
del agua la efigie de la vida, el retrato del sueño
de ver mi imagen reflejada, desdoblada y hundida,
con las olas de una barca removiendo
el cristal, el puro sueño de la navegación,
el puro abandono de vivir sin remedio.
Nadie musitaba un recuerdo secreto, una constatación
vital, un eco de páginas doradas, de bailes dorados,
de galantes enredos del amor y la música.
El tiempo había muerto; no quedaban los ecos
de una fiesta remota, ni de un verano intacto,
ni de nuestro mismo paseo perdido en la memoria.
No quedaba nada, excepto la niebla, y el hielo,
y el rumor estancado de la fuente estancada,
y la hierba marchita, y las hayas dormidas, y el sendero

embarrado sin las huellas de nadie, sin tus huellas.
No había nadie que pudiera decir cuál sería la razón
de que la muerte hablara con la elocuencia helada
de los lagos funestos, tan hermosos,
de las flores marchitas, de los ecos perdidos,
de los bancos secretos donde pude vivir
un eterno concierto de armonía y ramajes
que sólo resucita si me callo y contemplo
a mi sombra enterrada en el hogar de la niebla.

II

Y si no me callo, si te hablo y escucho,
al caminar percibo ensoñaciones y ecos
de remotas sonrisas y de ajetreos ágiles
del amor que fulgura en los bucles dorados
de mujeres hermosas, principescos susurros
que sujetan al tiempo una idílica estampa,
tal vez sea un abrazo, o puede que un enredo,
una insidia benévola, un ataque certero
al rey calamitoso, o a la reina lasciva,
una inútil conjura destinada a morir
en el agua estancada del estanque estancado.
Un plan —puede también— para seguir de cerca
la belleza del parque, los jardines hermosos,
los canales sin broza ni marchitos nenúfares,
el agua que discurre día y noche tranquila,
el compás de ese tiempo que percibes si quieres

como quietos avisos del fin que se avecina.
(Aunque de sobra sé que esos dos que se abrazan
o los dos que conspiran, o aquellos que bromean,
desconocen que un día vagabundeará su sombra
como ecos podridos del goteo del agua
sobre el canal inmundo y las fuentes mohosas.
Desconocen también que algún día alguien
preguntará a su sombra congelada en la niebla
sobre presuntos tiempos venideros, futuros,
y no podrán hablar ni podrán responder
que todo era tan frágil como el aire del día
o el perfume ligero de una flor olvidada.)

III

Avisos, sí, pautas para la muerte en el día de hoy.
Los susurros, las conjuras, las insidias,
el rey calamitoso, la princesa lasciva,
los amantes ingenuos, los malos cortesanos:
en el poder de la niebla toda la ensoñación,
maleza en los canales, los nenúfares muertos,
el óxido en las rejas, el moho en las estatuas,
el dolor en el rostro de quienes vieron todo
sin saber que era el tiempo el latido del agua
que pautaba sus besos o sus intrigas vanas.
Todo para la niebla en el día de hoy,
incluidos nosotros que también moriremos.

FIN DEL INVIERNO

¿Fin del invierno? ¿Indican de verdad las minúsculas
yemas, los tan tiernos brotes diminutos,
que ha llegado el invierno a su fin esperado?
¿Es eso motivo de alegría? ¿Renace algo
perdido que creíamos perdido para siempre?
¿Me siento yo también a renacer, como la rama
cargada de los frutos futuros, de las hojas futuras?
¿Quién es mi rama? Y mi árbol, ¿quién es?
¿Ves tú las yemas de mí, agradecido
y contento, seguro de haber apostado por la vida por fin?
En ese caso, ¿podré contarlas para saber
quiénes y cuántas en mi árbol renacerán mañana?
Fin del invierno. Oración y alegría. Eso es.
Recuento: esperanza de cada hoja en las manos,
en el árbol que fructifica frente a mi casa
y en el árbol que no veo y que dentro de mí
espera sentir él también el peso de la resurrección.

SOBRESALTOS

No ha importado que la hoja estuviera medio seca:
era su borde el oro del sol y su savia
el firmamento de la vida repleto de estrellas
luminosas. Miraba y miraba, con incredulidad
y asombro, y veía el brillo de las pequeñas luces
de la hoja, concebida ella misma como un universo.
Su amarillenta fatiga, su borde no irrigado,
su dividida flaqueza entre la vida y la muerte,
no importaban: he ahí nuestro destino,
dije satisfecho, ajeno a los achaques de la edad
y a la memoria no siempre predispuesta a ver nacer.
He ahí mi firmamento, en esa reverberación satisfecha
del aire que acarrea la luz que acarrea la vida.
Era aún el invierno, permanecía fijo en mi sillón,
frente a la ventana, como esperando algo,
un regalo tal vez o tal vez nada como el mejor regalo,
y entonces vi que no siempre la muerte es anuncio
de muerte: ¡la hoja no moría a pesar de estar muerta!

POBRES ÁRBOLES SECOS

No hay luz; hoy no hay mensajeros; ¿qué habrá?
Hay presentimientos, atisbos, recuerdos sólo.
En una esquina, mientras el sol se abre paso
por entre las nubes grises, la hierba crece
con el alimento de la lluvia recordada de entonces.
La hierba crece y la aspersion fulgura
en la iluminada cumbre de un día que vendrá.
Lluvia de riego, luminosas gotas de la vida,
chispas de luz, todo eso recuerdo mientras hablo.

¿A quién hablo? No hablo solo pero a ti no te veo,
la sombra que me acompaña hasta la acequia
donde veo el agua alejarse con tu imagen dentro.
En una esquina, con la hierba al lado,
con el olor a estiércol removido con fe
—vi al jardinero silencioso una mañana
preparando el vergel con su esperanza y la mía—,
oigo no sé qué conversación al tiempo que
sonsaco de la luz no sé qué recuerdo olvidado.
El sol que se abre paso, tal vez; la tenue ligereza
del viento que susurra; el silencioso crecer
de un viejo arbusto que había bautizado con mi vista;

un pobre árbol seco y el presentimiento
de que algo descubro cuando me callo y hablo.
El jardinero que viene; el surtidor que riega;
alguien que pronostica citas venideras
en futuros inciertos; alguien que me parece
que habla con tu voz, una voz hoy confusa
que el viento desdibuja al silbar en las zarzas,
aunque tus ojos brillen como siempre brillaron.

Pero estoy yo solo. Hablo yo solo. Recuerdo solo.
La acequia fluye y el surtidor da vueltas,
el jardinero silba, se acomoda el sol
sobre una hoja, hay voces que se cruzan
como se cruza el viento sin dejar huella
porque no hay nadie ni nunca hubo nadie.

Y entonces, lejos ya de ese tiempo,
a una distancia de incalculables olvidos y letargos,
como consecuencia de una ensoñación,
de una visión inconsecuente, de un azar
repentino, de una casualidad imperativa,
entonces, precisamente entonces surge ese deseo,
esa necesidad de regresar a una ocasión,
a un instante inmensamente privilegiado
que parecía el triunfo de la felicidad sin fin.
La ocasión de ver al jardinero trabajar
en silencio mientras callábamos los dos,
porque sabíamos que allí estaba nuestro futuro,
en el espliego que renacería, en el romero
que resucitaría, en la hierba que volvería a crecer.

Sí, ésa eras tú, esa sombra
sentada en aquel banco premeditando mi visita
para poder hablar de los años perdidos.

A DESCANSAR MUY LEJOS

Fíjate en cómo se balancea el tallo
cuando se echa allí a dormir la luz,
en el instante en que también el sol
se retira a descansar muy lejos.
No se puede medir: ¿qué pesas
y medidas habría que inventar
para saber cuánto pesa la luz
cuando reposa como ahora reposa
sobre la copa del árbol que ahora veo?
No se puede medir; está y existe;
baja y desciende; respira y aún se oye.
Se oye, eso es; su medida es la música,
la música de los acordes lentos
que van a morir donde se muere el sol.
Música de la luz: canciones de la vida.

UNA FECHA DEL CALENDARIO

Una fecha del calendario, una preciosa prenda
del baúl remoto del tiempo recordado.
Un leve soplo de la mañana, un viento fresco,
una caricia en los ojos del muy reciente verde,
llegado ayer mismo, mientras dormía,
mientras soñaba, mientras recolectaba sin querer
las semillas que había plantado mi deseo.
Y, de pronto, al amanecer, al recorrer la calle
de la benévola rutina, ese inesperado soplo
de la claridad enredada en el ánimo
de la vida, la gran semilla plantada
mientras dormía, y, al verla fructificar
tan fácilmente, como si fuera una flor
cuidada con paciencia, un fruto regalado
sin mérito alguno, he respirado y he sentido
la brisa dentro de mí, la mañana dentro de mí.
He sabido que estaba bien despierto, que no soñaba ya,
y que se me había dado el don solicitado,
el leve incendio de la claridad encontrada
que había plantado mientras dormía cuando era pequeño.

EL AGUA DEL SURTIDOR

Olores de aligustre, rumor de hierbabuena.
Cipreses verdinegros cuyas raíces colman
la ascensión que ahora veo empotrarse en el cielo.
Se hincan en la tierra como nadie imagina
y a las alturas surten al mismo tiempo siempre
la claridad altiva de sus pozos serenos.
El surtidor, mientras tanto, con monacal paciencia
ceba la brisa y sobre la hierba sueña
que cada gota caída es un espejo,
o un cristal roto, o un añico de sol meditabundo.
Sobre la cruz de arena los senderos se alejan,
cada cual a su norte, a su destino ignoto.
Las sandalias que pisan la grava machacada
levantan frente a mí como a un hombre invisible,
un muerto que nos mira como si fuera un vivo,
un fantasmal espectro que conoce del polvo
únicamente los añicos del sol que nunca muere.
Nuestras palabras zurcen sobre el banco, a esa hora,
una lejana historia, una común historia.
El agua del surtidor moja los labios
como si fueran hierba donde florece el sol.
Una estela de fuego también zurce en el cielo

una historia común, una pasión antigua.
Zurcidos de vencejos y de amor y de agua
mientras los dos soñamos que seremos un día
insomnes peregrinos con sandalias mojadas
en la hierba mojada y en la vida ganada.
Como ese peregrino, igual que el gran ciprés,
exactamente igual que las gotas que caen
para dejar que el sol, como un espejo,
o como un cristal roto, o como un fuego ceniciento,
sueñe sobre la hierba nuestro común destino.

CONMEMORACIÓN

Como si volviera de viaje y dejara mi maleta
en un recibidor colmado de promesas
y viejos recuerdos, y citas concertadas previamente,
así hoy he regresado para conmemorar los meses
y los días y los años que fulguran
con la antorcha resplandeciente de la felicidad.
Meses, días, años, celebraciones, velas pequeñas
de aniversario infantil, Miguel con sus amigos
en la mesa, y las canciones que provocaron risas
que si se van son lágrimas y si regresan
vuelven a ser risas, o meses, días, años
en el recibidor de las promesas concertadas.
Velas pequeñas, he dicho, o cruces con coronas
de laurel habría dicho al recordar, en vez
del cumpleaños de Miguel, una cruz en el camino
que conmemora un día, un mes, un año perdidos.
Como una flor natural, un abandonado narciso,
un pino viejo en el pinar o una acacia frondosa
en el paseo, así la cruz que equivale a una vela
infantil: un año celebrado, un año más perdido,
pero, a la vez, tal vez también un año más ganado
pues, si no, ¿para qué vuelven hoy los días de la vida?

LOS ADIOSES

Yo nunca me despido; yo nunca digo adiós.
Nos volveremos a ver, a mí mismo me digo,
y sé que en esta cita predigo mi esperanza
que equivale a mi fe, a mi amor conseguido.
Mi esperanza: mi destino fatal sobre mi mesa,
al atardecer, cuando recuerdo que debo irme ya
tal vez a otra ciudad, o a cualquier otro mes
que se avecina, o a cualquier otro día que vendrá.
Mi resolución de prender una hoguera
o construir una cruz o elevar un jalón,
o crear una divisa luminosa, como un gallardete,
o una bombilla sacada de una feria de pueblo,
y decidir que allí, donde encendí la lumbre,
estarán las razones para volver y para vivir;
para vivir sin decir adiós nunca,
sin apagar mi hoguera, sin soplar sobre la vela
invernal que me alumbró aquel día en el desván.
Sin decir adiós, sin despedirme nunca de mi tren,
el que me llevó a mi pueblo y el que me trajo aquí,
a mi ciudad, a mi amor, a mi hoguera
prendida con la llama viva de mi esperanza.

D.R. Y J.P.

Aquí yacen dos nombres cuyo destino
recuerdan dos placas de hierro desgastado.
1947, una fecha, un fondo negro cuarteado,
una reverberación gris que es como un sueño
pues parece una luz que brilla contra el tiempo.
Hay que frotar con insistencia para recuperar
la fecha y mucho más aún para encontrar
al hombre dormido, al sueño que se fue.
¿Cómo lo hacemos? Las rosas que nos cercan
con su fragancia suave y los pétalos abatidos
por la lluvia, ¿nos pueden ayudar
cediéndonos su intemporal regreso,
su permanencia eterna mientras haya
quien vigile su riego, su alimento diario,
su frágil resistencia en la tierra madura?
¿Puede hacerlo esta luz de tormenta
que apacigua la tarde con su acero lavado
sumergido en el cielo? ¿Puede hacerlo?
¿Pueden ser nuestros cómplices los cantos
incesantes de los pájaros, los músicos
que la fronda cobija, los navegantes
que traen y llevan por el aire

una memoria incierta que rasga con su luz
el oxidado hierro de las placas roñosas?
No lo sé, pero la atención escarba
en el silencio y saca conclusiones decaídas,
meros apuntes de una desesperanza
con los pies en la tierra, meros detalles
que van a parar luego a la rutina
de volver a la vida para vivir sin más.
Meras cavilaciones que vuelven a una fecha,
a una placa de hierro revestida de óxido,
a una cruz vacilante, a un nombre perdido,
a un sueño que se pierde en el sueño del tiempo.

FRUTOS MADUROS

Claridad y oscuridad, movimiento y quietud,
nubes de plomo que se van y cielo de páramo
que permanece, como yo permanezco, y mis cosas
sobre la mesa respiran al verme a mí
respirar de una extraña manera, de una manera
secreta, oculta, ajeno el pecho al bombeo
del corazón, ajeno yo a mi tic-tac profundo.
¿Y por qué? ¿Por qué ha de ser así?
Ha sido una ráfaga de luz encontrada al azar
en plena calle y luego aquí también, sobre mi mesa.
Una ráfaga de lluvia acisolada en un cristal
de acero, vista y no vista, conocida y extraña,
familiar y distante, y también primaveral
en pleno otoño, intempestiva, un gran boquete
de azul deslavazado en el muro de las nubes
de pizarra y acero, una lámina de resplandores
apagados sobre la acera, una explosión de amarillos
en las acacias recién mojadas por la lluvia.

Caminaba, seguía caminando, Miguel tras de mí,
Miguel conmigo, y enhebraba agujas medio olvidadas,
agujas encontradas no sabía dónde, en ningún costurero

reconocido, en ninguno de los de mi casa de atrás,
de entonces, de hace tantos años, de hace tantos inviernos.
En ninguno de éstos y, sin embargo, eran conocidas
las agujas y las manos también, tal vez las de mi madre,
las de mi hermana tal vez, las mías acaso.
Miguel tras de mí, Miguel conmigo, y yo seguía
con las agujas en mis manos y los hilos de la luz
también en ellas, e intentaba enhebrar la luz
en la aguja, para luego coser un tejido invisible,
tal vez la mañana y sus parches de luz
o las tardes y sus combustiones líricas e inusitadas.

No le dije nada a Miguel, pero él miraba,
mis manos, pensé, y luego los árboles,
la luz de la Castellana bajo los halos de la lluvia,
el parterre luminoso del Crédit Lyonnais, la hoja
del castaño que había recogido para no sabía qué.
O sí sabía para qué: para rescatar algo
que me dolía que se perdiera tan anónimamente.
Algo que había sido tan hermoso, tan luminoso
y tan dulce, tan necesario y tan irremediable.
Algo que yo había visto nacer en abril o en mayo,
un día parecido, pero entonces sin Miguel, sin nadie,
yo solo una tarde que había salido como hoy,
para recoger algo tal vez del buzón invisible
de la tarde callada, del cofre medio enterrado
de la luz atesorada no sabía en qué fecha.

Y ahora, ese algo perdido, caído, podrido,
no podía ser. No podía ser, y lo cogí de la calle

y lo sostuve en mis manos y lo miré
fijamente sin desatender a la vez las luces
de la Castellana, esas luces como de mica sólida,
de mica aplastada con suciedad de carbón,
no obstante ennoblecido por manos cuidadosas
de jardinero que ama la tierra y que amará la tierra.
Pero lo miré y Miguel lo miró, y yo
quise entonces enhebrar la aguja con la luz
que era una mezcla de todo, de la hoja seca,
de la acacia amarilla, del parterre luminoso,
de la Castellana resplandeciente y gris,
de la lluvia asimismo resplandeciente y gris, y lo conseguí.

Y entonces sí que supe que hubo un costurero en casa
propiedad de mi madre donde había agujas
que servían para coser tejidos medio rotos
(un calcetín viejo, un pantalón usado, una camisa).
Y, al saberlo, supe que debía coser un tejido
que me hacía respirar de una manera extraña,
porque no lo conocía, no lo había visto nunca,
era del todo nuevo para mí, un boquete de luz
azul deslavazado sobre un muro ancho y medio negro
de la tarde de octubre. Y lo hice, y Miguel
se sorprendió de que lo hiciera, pero yo no,
porque entonces supe que hubo un tiempo
en que todo estaba escrito, y allí estaba escrito
que en el otoño encontraría frutos maduros interminables.

CREPUSCULAR VIAJERO DE ALAS LEVES

Irremediable paciencia. Claridad extenuada
que dibuja un entorno de colinas ardiendo
y un camino de tierra cubierto de ceniza.
¿Lleva a alguna parte el camino que veo
mientras te hablo sintiendo otra región,
un abismo creciente de esplendores sobre la tierra seca?
¿Quién vive allí, en la terraza alta de los fuegos,
donde crepita el sol como una hoguera nueva?
¿Vivimos tú y yo, sobre el camino ausentes
como dos caminantes que han perdido su rumbo?
Levanta el vuelo entonces, a la vez que mis ojos,
un crepuscular viajero de alas leves
que orienta nuestra ruta: dejamos la ceniza,
la estéril esperanza de viajeros cansados
y abrimos un camino más novedoso y ancho;
un camino que nos exige citas concretas,
esperanzas serenas, alojamientos claros, viajes de vuelta.
Citas en silencio, conversaciones mudas,
mojones que no derribarán las tormentas futuras.
Helos ahí, helas ahí: las cruces, las señales,
las roderas, las pisadas, los dibujos de arena.
Los árboles cuyo tronco han sangrado navajas

para orientar los pasos del inmenso futuro.
Helos ahí, junto a tus ojos, en tu mirada,
en tu silencio, en el fuego que extiende
el sol que aún crepita como una hoguera vieja.

UNA SECRETA CONFIANZA

Una secreta confianza se anuncia en el aire.
Por el hecho de durar hoy más la luz, el amor
se hace fuerte al contemplar atónito una yema
minúscula de la que pronto nacerá la hoja
que hace sólo unos meses creía muerta.
Hace sólo unos meses vi que almacenaba
el aire un fragor de combates que eran despedidas,
remolinos sin rumbo, agitaciones que el rocío bañaba
como baña el agua una mano que busca redención.
Y ahora, transcurrido este tiempo que he podido medir
con sentimientos que son recónditas plegarias,
descubro que algo nuevo se anuncia y borra
mis recuerdos de ceniza reciente conservada.
Algo nuevo, una cascada nueva de recuerdos
teñidos por la luz, algo que de medir
mediría alguien nacido sólo para mirar
un instante que era como la vida revelada.
Un instante, la acacia que madura, la memoria
que acecha su pasado, el aire que pronostica
un futuro cercano donde todo se reunirá:
el viaje de ida, el viaje de vuelta, la eterna salvación.

UNA LUZ DE FOGATA

Soplo puro de enero. Una luz de fogata
acude a las paredes de mi casa y frota
la memoria contra su espejo intacto,
una casual linterna enterrada hace tiempo
y redescubierta ahora en el desván oscuro,
o tal vez una vela, una candela ardiente
que dirige mis pasos en silencio
y calienta mis pasos hasta ahora mismo.
¿Hasta ahora mismo? ¿Puedo acaso medir
ese tiempo distante, esa larga distancia,
esa iluminación perdida en el desierto?
Déjalo, no preguntes, no sigas por ahí;
límitate al encuentro, al repentino hallazgo,
al refulgente asombro ante la luz caldeada
en la pared de enfrente y ante la vela
que iguala semejante calor y semejante
fuerza con su llama que tiembla.

No hagas ruido, sube las escaleras
con cuidado y mira quiénes duermen
aún, quiénes sueñan aún, si nosotros aún
tenemos asignado nuestro cuarto de entonces.

No te abrase el calor —ten cuidado—
de tu vela encendida ni rompas
con tus pasos el sueño de quien duerme.
Conténtate con alumbrar los rostros
en esa hora congelada de enero.
Conténtate con eso, es suficiente.
(Si allí estuvimos, allí estaremos.)
Si allí soñamos, allí soñaremos.)
Baja con suavidad las escaleras
con la vela en las manos mientras
la helada despierta trabaja en su taller,
con su buril oscuro, la plata
que arranca al resistente hielo.
Baja las escaleras, ten cuidado,
los postigos no abras, los picaportes
deja con su herrumbre y su óxido, el hogar
no lo enciendas y con tu mano apaga
con un leve soplo la vela desgastada.

Abre la puerta, deja la casa, coge
el tren de retorno —en la estación
verás un reloj de pared con los cristales rotos
y las agujas puestas en la hora acordada—
y vuelve aquí, a este enero de hoy,
a esta luz que reverbera con lentitud
lejana sobre un espejo como ayer intacto.

EL MONJE Y LA LLUVIA

En la celda hace frío y se dispone el monje
a saber por qué de tal manera hoy ama la lluvia.
Se levanta, se acerca a la ventana y mira
las amapolas, hoy fuego apagado, casi marchito
resplandor resignado, y más enteras a su lado
espigadas espigas que confían su ser al aguacero.
Más lejos, cabalga su vista sobre llanuras
fértils de campos florecidos, pero también de sueños
que no acierta a precisar, que no comprende bien.
Con paciencia dibuja ese campo en sus ojos, poco a poco
lo pinta, lo absorbe tenazmente, se confunde con él,
pero aún le queda un ansia no cumplida,
una insatisfecha aspiración que la lluvia tampoco satisface.

¿Qué será? El caso es que él ama la lluvia,
está seguro de eso, y del paisaje lo necesita todo,
exactamente todo lo que ve, las amapolas
que ayer eran fuego y hoy huelen a ceniza;
el castaño que tan sólo anteayer parecía sin vida
y hoy deja que sus hojas sean el abrigo del viento;
la lejanía que la lluvia barre favoreciendo brillos
de tornasol austero, de pizarra suavemente lijada

para obtener de ella la mate exuberancia
de la renuncia al mundo, de cierto recogimiento
que a su vez es presencia, entrega y armonía;
ese distante rumor del mar de los trigales
que silban sus canciones, que unas sobre otras
se rozan suavemente sugiriendo oleajes que la lluvia
coordina, y que a la vez entierra algunas veces.

Todo eso lo ama exactamente, y si una campana
anuncia que el tiempo se desliza, él se hace cargo,
y no lamenta nada, y concede a su vida
un sentido difuso de pertenencia a algo,
aunque tampoco sabe exactamente a qué,
al paisaje tal vez, al tiempo que se desliza
puede ser, a la pobre amapola, al pobre pedregal,
y pudiera ser que todo eso le mantuviera en pie,
el no saber a quién él pertenece, y no saber
tampoco qué le pertenece a él de todo lo que ve.
No habla de propiedad, habla de pertenencia,
de confianza en el tiempo que ha pasado,
de saber que las cosas no son jalones muertos
del ayer, enterramientos forzosos del hoy mismo.

Algo más pide, una seguridad mayor,
una confianza plena, un absoluto convencimiento,
de tal manera que la lluvia le prometa
lo que sueña, esa divagación interminable
por no sabe qué territorios de amor y de ceniza.
Y eso lo mantiene en pie, y le mantiene en vilo,
absorto, concentrado, embebido hasta el punto de que

pierde de sí mismo la noción de estar vivo
porque cree haber llegado a un umbral misterioso,
la puerta que da entrada a un mundo superior
donde nada sucede excepto la lluvia misma,
el repiqueteo suave, el acorde constante, el roce lento,
el goteo que llega a ser la salvación de las amapolas muertas.

Y se sienta a pensar, a meditar tal vez,
y recuerda y siente y nada sabe.
Únicamente sueña que su cansancio encuentre
esa noche en el sueño una promesa cierta:
que se repita el viaje interminables veces,
sus viajes con la vista por los campos sembrados
y la lluvia de siempre, su insomne recorrido
por lo que cree suyo no sabiéndolo suyo,
hasta que llegue el día del descanso perpetuo,
el día en que la lluvia no le obsesione ya
porque al fin ha comprendido lo que ella significa:
una calma tardía, una ambición serena,
un triunfo equivalente a saber sobre todo
que ya está satisfecho, que ya puede morir.

EL RESPLANDOR QUE CIEGA

Abrupta y afilada luz, cegadora casi,
que crea espejismos de desiertos humanos,
e inesperadamente, sin previo aviso, una nube
que cubre de un gris macerado y pulido
el cielo que se retrae a la sugestión
del pensamiento, como si de pronto,
también sin previo aviso, hubiera decidido
cavilar, ensimismarse, hacer balances,
en vez de volcarse en la loca carrera
de la alegría del resplandor que ciega,
del azul que estalla y se extiende
como una muestra de la creación sin tacha,
como un alarde de un arte superior e inconcebible.
Y nada sería lo mismo sin la ayuda
del viento, cuya misión de ayer y hoy
es trabajar en el invisible taller
de la paciencia que labra transparencias
lujosas, también obras de arte, brillos
huidizos que abren horizontes al corazón sediento,
al corazón que viaja sin viajar en exceso
y que, al bajar la cuesta con el coche,
medita qué cuadro equivaldría a lo que ve,

esa exaltación del verde primerizo
repetido en cuadrículas, rectángulos, parcelas,
y el aluvión tan sereno del marrón
en ondulados equilibrios que no sé quién calcula,
además del vertical anhelo de los chopos,
elevados como escaleras ambiciosas,
una dirección posible, una posible esperanza,
una apaciguada expresión del deseo que calma.
Los chopos, sí, has dicho tú, y entonces
una especie de amor se ha abierto en mí,
pero como un silencio, un recuerdo,
como una cavilación entregada y serena,
un convencimiento que equivale a saber
lo que entonces ya supe: volverá la vida
sobre sí misma, volveré yo otra vez sobre mí,
y lo veré todo como un recuerdo,
exactamente como lo he visto hoy:
una remota consciencia del día en que aprendí
que habría para mí por siempre una cita
en este pequeño mundo donde el tiempo florece.

CUADROS

Una canción, un árbol, una luz, cierta entrega:
todo lo que necesito para vivir, he pensado,
y me he ido sin querer a mi vejez futura,
a ese anciano señor que espera en el semáforo
con tranquila esperanza, y me ha parecido bien
la suerte de tener esa suerte, este destino,
esta imparable carrera del reloj que día a día
me cita en la ventana y me ofrece en claro
lienzo mi cuadro favorito, mi pintura esencial.

Sin miedo a mi tiempo, me ha parecido bien
este regalo que, en el fondo, es tan poco:
respirar, mirar, ver, y, enfrente, ese cuadro
diario que se hace y deshace, ese cielo
que entrega un día cualquiera el brillo raso
de su plata gastada con halos de ceniza
que un cigarro perdido ha dejado caer
y, de pronto, estrías recortadas
de un fuego inesperado, un pálido fuego
que se resiste a sucumbir bajo el peso
de las nubes que avanzan lentamente
y, de pronto, otra vez más, un insólito

fondo de carmesí gastado y luego
un prado inesperado de un sinfín de recuerdos,
el hombre que cavila sin querer,
yo mismo en busca de mí mismo
en el placer que mi mirada me contagia
o en el misterio que mi mirada me fabrica.

Así día a día, con la escolta del reloj
que nunca falla, y que podría suponer,
si bien se mira, un anuncio mortal,
un hosco y amargo revés para la vida.
Pero tengo suficiente, no necesito más:
una canción, un árbol, ese árbol de enfrente,
ya florecido, con sus hojas de ayer y de hoy,
su campante entereza, su entera fidelidad
que es también una cita con el reloj de la vida
y puede que de la muerte, invisible, certera.

Pero es lo mismo: en mi cuadro favorito
fabrico una ilusión, el sueño de un pintor
desconocido y próximo: puede que viva más,
y cuando sea viejo —ese anciano señor
que cruza en este instante el semáforo en verde—
recordaré mis cuadros, mi insolente fatiga
al aguantar paciente el curso del reloj
con un pincel secreto y un paisaje elevado:
la canción que dibuja sobre un cielo menguante
un lento paraíso en el que tal vez perviva.

LA INFANCIA TRANQUILA

Fue corta mi visita. Quería sólo comprobar
si aún permanecía encendida la hoguera
en el mismo sitio y en la misma memoria.
Subí los peldaños empedrados, me reencontré
con las acacias renovadas y me senté
en el portal de la iglesia donde moría el sol.

Vi en la distancia una bruma entreverada
de centelleos secos, como si fueran brasas
zurcidas o engastadas a una tela
de gasa para una fiesta especial,
tal vez una despedida de alguien
que se iría muy lejos, y para él
ese cortejo de diamantes y encajes,
la distancia de la bruma y el sol
confabulados y a veces arrojados
al espejo del lago que llameaba cerca.

Yo me veía lejos de esa fiesta,
como un vecino que oye la música y los ruidos
y se resigna con tristeza a no participar
de la alegría que hubiera deseado para sí:

conversar sin cuidado, beber pausadamente,
abandonarse a veces a la luz y al entorno
para fijarse en ellos con paciente insistencia
porque en ellos reside un placer especial,
una inquietud incluso, una crucial armonía
de la luz y el paisaje, la gasa que decía
engastada de luces casi agónicas, la bruma
entreverada de las chispas del sol
como bombillas débiles o estrellas diminutas.

Pero amaba esa fiesta y seguía sentado
porque amaba esa fiesta y no me quería ir
porque apuraba en silencio la esperanza secreta
de que a última hora me invitara alguien
para observar de cerca lo que había soñado,
la distancia que era a la vez mi ambición
de conocer de cerca la luz dormida
en las encinas y reflejada en el lago,
engastada en la gasa de la bruma,
el sueño eterno de un verano perdido.

Y no me fui, porque en el aire también
vi una esperanza que era una alegría,
una visión tranquila de mi infancia tranquila.
Una acacia que se adormilaba al sol
mientras la brisa movía las hojas de la vida.

